



LA COMUNIÓN, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

*Qui jucundus eram et
dilatus in potestate
mea...; ecce perco tristi-
tia magna in terra aliena.*

«Yo, que tan dichoso era
en mi reino, me muero
ahora de tristeza en tierra
extraña.»

(I Mac., VI, 11 y 13.)

EN esta vida somos constantemente combati-
dos de la tristeza, que está en lo íntimo de
nuestro corazón, y nunca podemos dese-
charla de él: para nosotros no hay verdadera ale-
gría, no hay ni puede haber alegría duradera y que
no acabe en dolor y llanto. Hemos sido lanzados de
nuestra propia casa y de la casa de nuestros padres.
Esta tristeza es parte integrante del patrimonio que
ha dejado Adán pecador á su desdichada posteridad.

Sobre todo sentimos esta tristeza cuando nos ha-
llamos á solas con nosotros mismos; y algunas ve-
ces es desgarrador este sentimiento, que está en
nosotros mismos, y que no sabemos de dónde nos
viene. Los incrédulos se desaniman, se desesperan
y prefieren morir antes que vivir vida tan triste:
crimen horrible, prenda de eterna condenación.

Mas ¿qué remedio hallaremos nosotros los cristianos contra esta tristeza natural? ¿Bastará, por ventura, la práctica de las virtudes, el celo por la perfección cristiana? No por cierto: todavía vendrán sobre nosotros pruebas y tentaciones, y nos dominará la tristeza. Cuando un corazón está dominado por la tristeza, de nada sirven palabras y obras para consolarle, pues está abatido y traspasado. A punto de desfallecer estuvo Jesús en el Huerto de las Olivas, y durante los treinta y tres años de su vida mortal no dejó de sentir el peso de la más profunda tristeza. Mostrábase dulce y bondadoso, pero siempre triste, porque había tomado sobre sí todas nuestras miserias. ¡Ved cómo lloraba! nota el Evangelio; pero ni una sola vez refiere que se riera.

■ A semejanza del divino Maestro, los Santos pasaron tristes la vida: su tristeza nacía de su condición de desterrados, de ver el mal en torno suyo, de no poder glorificar á Dios en la medida en que anhelaban darle gloria. Pero en ellos la tristeza tomaba un carácter sobrenatural.

Es, pues, necesario un remedio de esta universal tristeza, remedio que no consiste en encerrarse uno dentro de sí mismo, sino en dar expansión á nuestro corazón, para no ser arrastrados por ella como por un torrente. Muchos, buscando consolaciones humanas, abren su corazón á algún amigo ó consejero, pero esto de bien poco sirve; sobre todo, cuando Dios nos envía como prueba un nuevo aumento de tristeza, entonces no sirve de consuelo alguno; antes por el contrario, viendo el que padece la tribulación que ni las palabras amorosas ni los avisos paternales bastan á disipar las oscuras nubes que sobre él se ciernen, se aflige más todavía: el demonio intenta

entonces aprovechar esta coyuntura para inducirnos á desconfiar de Dios; y se da el triste caso de ver almas muy puras y santas huyendo de Dios, temiendo su voz, como Adán en el paraíso. La oración, es verdad, puede aplacar algún tanto la tristeza, pero no basta á dar alegría pura y duradera. Tres horas perseveró Nuestro Señor en oración en el Huerto de Getsemaní, pero su tristeza no se disminuyó: sólo recibió fortaleza con que sufrirla.

La confesión sincera también nos consuela y tranquiliza; pero luego volvemos á entristecernos, considerando que hemos ofendido á un Dios tan bueno y digno de ser amado.

¿Cuál será, pues, el verdadero remedio?

II

El verdadero remedio es la Comunión; remedio siempre nuevo, siempre activo, al cual no se resiste la tristeza. Jesucristo está en la Eucaristía, y viene á nosotros para combatir directamente nuestra tristeza. Supongamos que un alma ha comulgado con verdadero deseo, con verdadera hambre de recibir á Jesús, y que está afligida y triste. Después de la Comunión podrá ser combatida de nuevo de la tristeza, porque su condición es el destierro; y tanto más pronto volverá á ser combatida de ella, cuanto más éntre dentro de sí misma y salga de la consideración de la bondad de Dios; pero en el momento de la Comunión jamás sentirá sus asaltos. La Comunión es un festín en que Jesucristo celebra sus bodas con el alma fiel, y en un festín de bodas no se concibe el llanto. A vuestra experiencia personal apelo;

cuando oprimidos por la tristeza, á pesar de haberos absuelto el sacerdote en el sacramento de la Penitencia habéis recibido la sagrada Comunión, ¿no habéis sentido en ese mismo momento renacer la alegría en vuestro pecho? ¿No se alegró vivamente Zaqueo cuando recibió á Jesús, y eso que tenía motivos poderosos para estar triste, á causa de las depredaciones de que fué públicamente reprendido?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaus, y eso que caminaban en compañía del Salvador, y que oían sus palabras y su doctrina durante la jornada; pero cuando llegó la fracción del pan, luego se sintieron poseidos de alegría, que se les salía del pecho. A pesar de la obscuridad de la noche y de lo largo del camino y del cansancio, fueron corriendo á Jerusalén á decir su gozo y participarle á los Apóstoles.

He aquí un pecador que, habiendo cometido todo linaje de pecados, se ha confesado, y con la confesión há cerrado sus heridas. Pero está convaleciente y siempre triste: su conversión le hace más accesible á la tristeza, pues ahora siente una pena que antes no conocía: la de haber ofendido á Dios. Y cuanto más sincera es su conversión, más profunda es esta pena. ¡Cuán gravemente he ofendido—dice—á un Dios tan bueno! Si no le sacáis de sus tristes pensamientos, la tristeza le abatirá y el demonio hará que se desaliente. Pero tan pronto como comulga experimenta la bondad de Dios, y la paz y la alegría se difunden por su alma. «¡He recibido—dice—el Pan de los ángeles! Ya soy amigo de Dios.» Y en ese momento ya no le afligen las culpas pasadas: Nuestro Señor le dice con sus mismos labios que le ha perdonado. ¿Dejará de creer su palabra?

Si: la alegría que produce en el alma la sagrada Comunión es la más hermosa prueba de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Jesús hace que advirtamos en ella su presencia. «Yo vendré á aquel que me ama y me manifestaré á él.» Y, en efecto, se manifiesta por la alegría que siempre lleva consigo.

III

Notad, para vuestro gobierno, que hay dos suertes de alegría. Una que resulta del bien que se hace; alegría que procede de la práctica de la virtud. Esta es la alegría propia del triunfo que sentimos cuando llega la recolección del fruto; es buena, pero no la busquéis. Se funda en vosotros mismos, y por lo tanto no es sólida; buscándola, os exponéis á que ésta sea la única recompensa de vuestras buenas obras.

Pero esa otra alegría que procede de la sagrada Comunión, que no podemos menos de considerarla como venida sólo de Jesús, que no guarda relación con nuestras obras, aceptémosla sin temor. Reposemos en ella cuando Nuestro Señor nos la envía, pues toda ella es de Él. Los niños no poseen virtud ninguna, ningún merecimiento; sin embargo, se alegran y saborean la felicidad que les causa el verse al lado de su madre. Sea, pues, sólo la presencia de Nuestro Señor la causa de nuestra alegría. No investiguéis si habéis merecido más ó menos la alegría de que gozáis: alegráos de poseer á Nuestro Señor y permaneced postrados á sus pies saboreando vuestra dicha y gustando de su bondad.

Muchos hay que temen considerar muy atenta-

mente la bondad de Dios, pues es tanta esta bondad que exige que en cambio nos demos nosotros por completo á Dios. Cálculo mezquino es éste, indigno de las almas á quien el Señor se da con tanta profusión. Gustemos sin temor de la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, prontos á dar generosamente á Nuestro Señor todo cuanto plegue á su divina voluntad pedirnos en retorno.



LA COMUNION, EDUCACION DIVINA

*Et erant omnes docibiles
Dei.*

« El mismo Dios será
nuestro maestro. »

(JOAN., VI, 45.)

PARA dirigir la educación de un Príncipe acúdense á los varones mas sabios, nobles y excelentes: honor que la majestad soberana se debe á sí misma. Cuando el Príncipe ha crecido, el mismo Rey es quien le enseña el arte de gobernar á los pueblos. El es quien únicamente puede enseñar este arte, porque es el único que lo practica.

Todos nosotros los cristianos somos príncipes de Jesucristo; todos tenemos sangre de reyes. En nuestros primeros años Dios nos confía á sus ministros, para que nos hablen de Él, nos expliquen su naturaleza y sus atributos, nos le muestren y nos le prometan; pero no pueden hacer que sintamos su presencia ni comprendamos su bondad. Después, el día de nuestra primera Comuni6n, el mismo Jesucristo viene á nosotros, y nos da á gustar el sentido íntimo y oculto de todas las lecciones que hemos recibido; el

mismo Jesús viene al alma á revelarse á sí mismo: efecto que no podían producir ni las palabras ni los libros. Este es en verdad el triunfo de la Eucaristía: formar al hombre espiritual, formar á Jesucristo en nosotros: siempre será incompleta la educación interior si el mismo Jesucristo no es quien la forma en nosotros.

I

Jesús viene á nosotros á enseñarnos todo linaje de verdades. La ciencia de aquel que no recibe la sagrada Comunión es sólo ciencia especulativa. El que no comulga sólo conoce los términos, pero no sabe cuáles son las cosas significadas con ellos, pues Jesús no se ha mostrado en él. Conocerá acaso la definición, la regla, el curso que ha de seguir una virtud para acrecentarse y prosperar, pero no conoce á Jesucristo. Aseméjase al ciego cuya curación nos refiere el Evangelio; que hablaba de Nuestro Señor, pero que aún no le conocía. Creía que Jesús sería algún gran Profeta, un verdadero amigo de Dios. Pero cuando Jesús se le mostró, aquel hombre vió á Dios, cayó á sus pies, y le adoró.

Así el alma que antes de la Comunión sólo sabe de Nuestro Señor lo que ha oído ó leído de Él en los libros, en la sagrada Mesa le ve y le reconoce con admiración y encanto, pues sólo directamente se da á conocer del todo Nuestro Señor. Entonces llegamos á conocer la verdad por medio de la misma verdad viva y substancial, y no podemos menos de exclamar, en medio de transportes de admiración: *Dominus meus, et Deus meus!* Jesucristo, como el sol, se muestra por su propia luz, no con razonamientos.

Esta íntima revelación induce al espíritu á investigar las razones ocultas de los misterios, á sondear el amor, la bondad de Dios en sus obras: conocimiento no seco y estéril, como la ciencia ordinaria, sino afectuoso y dulce: al mismo tiempo que conocemos, sentimos; excita el amor, inflama y da alas para obrar. Este conocimiento nos introduce en las profundidades de los misterios. Cuando después de la Comunión y bajo la influencia de la gracia de este Sacramento adoramos al Señor, nuestra adoración no se detiene en lo que á primera vista parece, sino mira y contempla el fondo del plan divino: *Scrutatur intima Dei*. Entonces vamos de luz á más luz; el Salvador se nos muestra como día siempre nuevo, pues aunque el asunto de nuestra meditación es siempre el mismo, Jesús viviendo en nosotros, nunca es la misma la meditación. Los abismos de amor que hay en Jesús, necesario es sondearlos con fe amorosa y activa. ¡Ah! ¡Cuánto amaríamos á Jesús, si pudiéramos llegar á conocerle bien! Mas la apatía, la pereza se da por satisfecha con lo que ya posee, y sólo mira lo que á primera vista se ve. La pereza teme amar, y cuanto mejor conocemos, mayor es el impulso que sentimos al amor.

La educación que nos da Jesús en la sagrada Comunión produce en nosotros amor, y nos hace ejecutar numerosos actos de amor, en el cual están comprendidas todas las virtudes. Jesús nos educa para que le amemos, mostrándonos íntima y claramente el amor que nos tiene. Convéncenos de que nos ha dado todo cuanto posee, todo lo que es Él, y nos obliga á amarle mediante su exceso de caridad para con nosotros. Las madres forman el corazón de sus hijos para que ellos las amen, amándolos ellas

primero. Esto mismo hace con nosotros Nuestro Señor.

No hay quien pueda daros el amor de Nuestro Señor: nadie puede infundir este amor en vuestros corazones. Pueden, es cierto, exhortaros á amarle; pero enseñaros cómo debe ser amado, empresa es que excede á las fuerzas humanas: sólo se aprende á amar á Dios, amándole. Sólo Nuestro Señor puede educar de esta suerte el corazón: Él sólo quiere ser el fin del amor: Jesús nos impulsa, finalmente, hasta el heroísmo del amor. Mas este amor sólo se aprende en la sagrada Comunión. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.» Mas ¿qué vida es ésta, sino la vida del amor, la vida activa que no se recibe sino de la fuente, del mismo Jesucristo?

¿En qué momento, en qué acto de la vida cristiana somos y nos sentimos más amados de Jesús, que en la sagrada Comunión? En verdad sentimos deslizarse por nuestras mejillas lágrimas de alegría cuando hemos sido perdonados en la confesión; pero tan pronto como nos acordamos de nuestras culpas, ya no puede ser completa nuestra dicha. Mas en la Comunión se halla plenamente la dicha; solamente en ella vemos y ponderamos los sacrificios que por nosotros ha hecho Jesús, y bajo el peso de tan grande amor no podemos menos de exclamar al fin: «¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Es posible que tanto me améis?» Y nos levantamos de la sagrada Mesa respirando el fuego del amor: *Tanquam ignem spirantes* (San Juan Crisóstomo). Conocemos que sería inmensa ingratitud permanecer con los brazos cruzados á vista de tanta bondad. Y desde lo profundo de nuestra miseria, conociendo que nada podemos con nues-

tras propias fuerzas, pero muy poderosos en Aquel que está en nosotros, nos aplicamos al punto á la práctica de todas las virtudes. El amor sentido de esta suerte produce siempre amorosos sentimientos de gratitud y deseo de corresponder á ese mismo amor.

El amor mismo nos enseña lo que debemos hacer, Hace que salgamos fuera de nosotros mismos, nos eleva á las virtudes de Nuestro Señor, nos introduce en él, y dirigidos de este modo, adelantamos mucho y rápidamente en esta educación. Si muchos cristianos se quedan en el dintel de la virtud, la razón es porque no quieren romper las cadenas que los sujetan, y no se ponen con entera confianza bajo la dirección de Nuestro Señor. Conocen que si comulgaran, no podrían resistir al amor de Jesús, y á vista de este amor tendrían que darse por completo á Él. Por eso se dan por satisfechos con lecturas y palabras, pero no se atreven á llegarse á Nuestro Señor.

Tomad vosotros, hermanos míos, por Maestro al mismo Jesucristo. Recíbidle en vuestra alma para que él dirija todas vuestras acciones. No os quedéis en la meditación del Evangelio y de las tradiciones cristianas; no os déis por satisfechos con la consideración de los misterios ya consumados: Jesús está en vosotros y en vosotros vive; en Jesús están contenidos todos los misterios; todos viven en Él y de Él reciben su gracia: dáos, pues, á Jesucristo: sea vuestra alma su morada, y produciréis abundantes frutos, según la palabra que Él mismo os dió diciendo: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum magnum.*





LAS BODAS MÍSTICAS

Gaudemus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se.

«Alegremonos y regocijémonos y glorifique nos á Dios, porque han venido las bodas del Cordero y la esposa está preparada.»

(ApoC., XIX, 7.)

EN la Encarnación se ha desposado Nuestro Señor Jesucristo con la naturaleza humana, ha tomado naturaleza semejante á la nuestra, aunque exenta de pecado. Las primeras nupcias de la naturaleza humana con el Verbo se han celebrado, pues, en el seno de María. Jesucristo con esta naturaleza ha salvado al mundo. Habiendo amado á la humanidad, pues se había desposado con ella, por amor de ella se entregó á la muerte; y tanto la amó, que quiso llamarse Hijo del hombre. *Filius hominis.*

Pero Jesucristo, no contento con esto, queriendo además desposarse con cada una de nuestras almas, ha instituído la Eucaristía. En este Sacramento se celebran diariamente las bodas de Jesús con el alma cristiana; y nuestras almas, no sólo son invitadas á la

fiesta, sino además á desposarse con Jesús. ¡Qué mayor sorpresa que la de oír al Verbo divino invitarnos, diciéndonos: *Veni, sponsa, veni, coronaberis!* «Ven, esposa mía, ven á recibir de mi mano la corona nupcial.» Sólo nos pide Nuestro Señor la voluntad de venir; y l mismo nos da en la penitencia la vestidura nupcial. Aunque seamos pobres, aunque estemos paralíticos y lisiados, aunque vayamos errantes y mendigando, Jesús nos dice: *Venite, inebriamini...*, *posui mensam.* «Venid y embriagáos todos los días de castas delicias en mi festín nupcial.» Más no pudo honrarnos Nuestro Señor. A todos se dirige la invitación; pero yo sé que no todos acuden y que muchos dejan de acudir por su culpa. Aquellos que por justas causas no pueden llegarse todos los días á la sagrada Mesa, alégrense viendo á sus hermanos, más favorecidos que ellos, comulgar con más frecuencia; alégrense de ver que no es estéril la presencia de Nuestro Señor en el Tabernáculo, y sea la fiesta de los demás recuerdo de la vuestra, que llegará cuando seáis más dignos de ella.

Jesús se desposa, pues, con el alma que comulga, y se une con ella mediante una alianza divina. En la Comunión se celebra libremente un contrato entre Jesús y el alma, mediante el cual se unen ambos, formando una sola persona moral. Jesús no quebrantará jamás este contrato; á nosotros nos corresponde, pues, ser fieles á él, hacer que Jesús viva en el amor y fidelidad de la conciencia, y anteponer á todo, con voluntad inquebrantable, las obligaciones que este contrato impone.

Esta fidelidad se la habéis prometido vosotros á Jesús. Jesús os ha llamado para que os unáis con Él. A vista de vuestra propia miseria, vosotros os sen-

táis inclinados á no acudir á su invitación; pero Jesús os decía: «Venid á mí. Todo lo seré yo para vosotros.» Y á vista de tanto amor, en el ardor de vuestra gratitud, vosotros habéis prometido ser enteramente de Dios, y os habéis unido á Él con eterno lazo. ¿Habrá alguno que se atreva á decir á Nuestro Señor: «En el día de hoy os guardaré fidelidad, pero en lo sucesivo nada os prometo?» De ningún modo: el que comulga se da á Dios para siempre, por lo menos con deseo y voluntad actual. Éste es, pues, el pacto que habéis concluido con Dios: Jesús será fiel á él; procurad vosotros por vuestra parte no quebrantarlo.

La esposa, al unirse con el esposo, pierde su personalidad, entra bajo la potestad de su esposo y contrae la obligación de obedecerle: por su parte, al esposo le corresponde mandar en la familia y gobernarla, pues es la cabeza y la autoridad de ella.

En esta unión sacramental el alma no se une con Jesús para seguir siendo señora de sí misma, sino para someterse y entregarse á su esposo. Así, pues, deberá poner todo su conato en conocer sus deseos, y en ayudarle y en seguirle adonde quiera que Él vaya; pues ella es la esposa y Jesús el esposo. Considerad cuáles son las obligaciones que este magnífico título impone, y aceptad el cargo, ya que recibís el honor que lleva consigo. No faltan almas piadosas que dicen: «desposarme con Cristo, mucho es para mí. Con ser sierva suya me contento.» A estas palabras debe responderse diciendo que la sierva no come á la mesa de su señor. Si te contentas con ser esclava del Señor, no te levantes de delante de sus pies. Muchas veces hay en esto algo de cobardía. — Pero nobleza obliga; deja, pues, que el Señor te eleve

y te engrandezca; no temas, que tal honor no procede de ti, sino del Señor, que es quien te eleva: Jesús te dará las gracias y virtudes necesarias para cumplir con las obligaciones que semejante honor lleva consigo. Recibe, pues, con sencilla confianza este hermoso título de esposa de Jesucristo, y honra al Señor con el amor y la delicada ternura propias de una esposa fiel. No digáis, por Dios, á Jesús que han sido defraudados los amorosos designios con que os adoptó.

La unión de Cristo con el alma es más íntima que cualquiera otra unión; pues sean cuales fueren las personas que se unen, sean cuales fueren sus cualidades, sea cual fuere el grado de su recíproco afecto, ninguna otra unión puede compararse con ésta. La unión de Jesús con el alma se hace de un modo espiritual todavía más íntimo que la transformación de los manjares en la substancia del que se alimenta de ellos. Es tal la unión del alma con Jesús, que el alma pierde en cierto modo su propio ser, para que solo Jesús viva en ella: *Vivit vero in me Christus.*

En esta unión se dan diferentes grados de intimidad: cuanto más fuerte es el amor, más estrecha y firme es la unión; así como la cera de varios panales se mezcla y se confunde una con otra tanto mejor cuanto más derretida y líquida está.

El alma se difunde en Cristo como la gota de agua se difunde en el Océano y forma parte del mar: *Divinae consortes naturae.*

En verdad pudiera Dios haberse limitado á otorgarnos las gracias necesarias para obtener la salud. Pero habiendo visto almas generosas que habían de amarle con afecto de verdaderas esposas, les ha

dicho: «Desposarme he con vosotras para siempre.» *Sponsabo te mihi in sempiternum.*

Mas si Jesús se desposa con el alma en la sagrada Comunión, esta unión se consumará comulgando una sola vez. ¿A qué comulgar con tanta frecuencia?

Es cierto que Jesús podría consumirnos y hacer que nos difundiéramos en él comulgando nosotros una sola vez. Este es el deseo de Jesús, que no pone límites á la abundancia del dón que nos hace de sí mismo. Mas es tanta la escoria que hay en nuestra alma, somos materia tan poco apta para fundirnos en Jesús, que es preciso que el mismo Jesús venga con frecuencia á renovar su unión con nosotros para fortalecer y perfeccionar nuestra primera Comunión: cada vez que comulgamos confirma esta alianza y la torna más pura y más estrecha; Jesús no se nos da con parsimonia, y si la unión no es perfecta, no depende de Él, sino de nosotros, que no estamos prontos á oír su voz y que vacilamos en hacernos una sola cosa con Él.

Honremos, pues, á Jesús como á esposo divino de nuestras almas. Amémosle con todo el amor de nuestro corazón. ¿Qué importa haber sido infieles á nuestro esposo, quebrantando con el pecado los vínculos que nos unían á él, si Jesús nos ama á pesar de todo y nos invita á unirnos de nuevo con él, y olvida todos nuestros yerros? ¿Es posible que dejemos de amarle? ¿Hemos de rehusarle la promesa íntima y sincera de guardarle inviolable fidelidad? ¿Hemos de ser nosotros semejantes á mujeres indignas que, asociadas al trono por Príncipes excesivamente honrados, se tornan arrogantes y hacen desdichados á sus pueblos; mujeres que, educadas sin las virtudes propias de ese alto rango, viven vida vergonzosa y

son infieles á sus esposos? ¿Hemos nosotros de portarnos de esta manera con Jesucristo?

Nada poseíamos nosotros, nada éramos, y Jesucristo nos ha amado y nos ha dado parte en su gloria y en sus riquezas: correspondamos á este amor dándole todo cuanto poseemos, pues todo procede de él, y nosotros nada hemos merecido; y dándonos á él á nosotros mismos, ya que por tantos títulos le pertenecemos. Si consideráramos el amor que Jesús nos muestra en el Santísimo Sacramento, toda nuestra vida sería un solo y nunca interrumpido acto de amor y de reconocimiento al divino é infinito amor con que nos mira.



JESÚS PARA MÍ, Y YO PARA ÉL

Dilectus meus mihi, et ego illi.

«Mi amado es todo mío, y yo todo suyo.»

(CÁNT., II, 16.)

El soberano reino del amor consiste en poseer el alma á Jesús y ser poseída de Él. Esta es la vida de unión entre Jesús y el alma, alimentada por el don recíproco de sí mismo. Mi muy Amado es para mí en el Sacramento un don entero y perfecto, personal y perpetuo: esto mismo debo ser yo para Él.

I

Dilectus meus mihi. En todos los demás misterios, mediante cada una de las gracias, el Señor nos otorga algún don; su gracia, sus merecimientos, sus ejemplos; pero en la sagrada Comunión se nos da Él mismo enteramente; se da á nosotros con sus dos naturalezas, con la gracia y el mérito de los estados en que vivió. ¿Qué don es éste? *Totum tibi dedit qui nihil sibi reliquit.* «Aquel te lo da todo que no